5

Un nuevo paradigma de misión. Despertar la conciencia, la comunidad y los procesos

José Cristo Rey García Paredes, C.M.F.

No pueden seguir las cosas como hasta ahora. Estamos entrando en una fase de la historia del Espíritu en que no podemos dejar las cosas como están. La Iglesia nos pide entrar en una nueva época misionera.

La «novedad» nada tiene que ver con la moda. Se trata de un nuevo paradigma que implica la apropiación de una «nueva conciencia», una nueva forma de ser y vivir en comunidad, nuevos procesos de ministerialidad imaginativa al servicio de la misión. Todo esto es lo que deseo presentar en este capítulo.

1. Nuestra identidad misionera

«Todos los días es Pentecostés», decía el gran padre de la Iglesia Orígenes. Y Pentecostés fue el día en que se inauguró la Misión, o mejor, el día en que la Iglesia fue constituida «cómplice» y «colaboradora» del Espíritu en su misión. Ser misionera pertenece a la quintaesencia de la Iglesia[1].

Todas las formas de vida consagrada nacen de la misión, son hijas de la Misión del Espíritu. Y solo en cuanto «misioneras» tienen razón de ser, se configuran, sirven y mueren.

La dimensión misionera no es un adjetivo, sino un sustantivo. Ese fue y sigue siendo el «sustantivo» y el criterio de discernimiento para pertenecer a la vida consagrada en cualquiera de sus formas: ni hermanas ni hermanos, ni presbíteros, ni diáconos, ni estudiantes, deberían ser acogidos en cualquier instituto, si en ellos o ellas no se detecta «espíritu misionero». Formamos parte de las comunidades cristianas para ser en ellas discípulos-misioneros. Discípulo-misionero debe ser una sola palabra, una sola realidad, un solo proceso.

Lo sustantivo nuestro es ser «discípulos-misioneros, discípulas-misioneras». Lo adjetivo son los modos diferentes de serlo, según el don carismático y ministerial de cada persona.

[1] Con motivo del Año de la Vida Consagrada y como resultado de mis muchos años de docencia de Teología de la misión, acaba de ser publicado mi libro: José Cristo Rey García Paredes, *Cómplices del Espíritu. El nuevo paradigma de la Misión*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2014.

Cada cual realiza su vocación misionera desde su condición ministerial dentro del Pueblo de Dios: como laico o laica, como ministro ordenado.

Hoy estamos en un momento privilegiado para entender la misión y su centralidad. Sentimos una especial llamada del Espíritu a avivar nuestra conciencia de ser enviados/as. Trabajar apostólicamente de forma renovada, «hacer con otros» creando redes, infundir creatividad en nuestra acción misionera e invitar a otros a seguir esta vocación. Todo ello nos urge a plantearnos la misión desde la clave del amor como *missio Dei*, *missio inter gentes* y misión compartida.

Esto quiere decir que nuestra misión, no es –ante todo– nuestra, sino que es «la misión que viene de Dios».

1.1. Partir de la *missio Dei*

Nuestro Dios es «misionero». El concepto más claro y nítido de «misión» se cumple en el mismo Dios. La creación fue su primer acto de misión, de salida de sí mismo. Creó, como nos dice el Génesis, a través de la Palabra y con el Espíritu. Nuestro Dios, por quien existe todo lo que existe y de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, sigue creando sin pausa. Y comparte su misión creadora con todos los seres humanos; de ellos decimos que «Dios creó creadores». Por eso, los seres humanos –sin distinción– somos imágenes y semejanza del Dios misionero y creador, y estamos llamados a compartir esa misión.

Por eso Dios Creador comparte su misión creadora con la humanidad, concediendo el don de la pro-creación a padres y madres (también a los artistas y artesanos), el don de la e-ducación a los maestros y maestras de cualquier tipo, el don del liderazgo a quienes de una u otra manera gobiernan de educadores y políticos, sin hacer acepción de personas a causa de su credo, religión o cultura. El proceso evolutivo de la naturaleza y la especie humana responde también a la misteriosa misión de la materia y la energía recibida del Creador. Comprenderlo, favorecerlo es colaborar en ella.

Ante la realidad terrible y destructiva del pecado, Dios activa en el planeta y en la humanidad una misión «redentora» y «salvadora». Lo hace a través de la primera Alianza que establece con el pueblo de Israel y desde él con todos los pueblos de la tierra, marcados por la maldición del pecado. Se estableció la segunda y definitiva Alianza de Dios con nuestro mundo, cuando fue enviado por Dios Padre el Hijo. Jesús fue el Misionero de Dios. Su misión consistió en proclamar la venida del Reino de Dios y realizar los signos mesiánicos de la liberación. Un poco antes de entregar su vida en la cruz, prometió el envío del Espíritu Santo. Y en la cruz concluyó su misión con un «Todo ha sido consumado».

La misión de Dios entra en una nueva y definitiva etapa con el envío del Espíritu Santo. El Espíritu comparte su misión con la Iglesia y también con todos los seres humanos que lo acogen de una forma o de otra.

1.2. La Iglesia en la misión del Espíritu

La Iglesia es fruto de la misión del Espíritu Santo. Hay Iglesia porque hay misión y no viceversa. No es la Iglesia de Dios la que tiene una misión en el mundo, sino que es el Dios de la Misión el que tiene una Iglesia en el mundo.

La misión nunca tiene que ser eclesiocéntrica. La razón de ser de la Iglesia consiste en ser una expresión de la misión de Dios. La misión consiste en implicarse con Dios en la tarea de llevar toda la creación a su destino.

La misión que la Iglesia comparte con el Espíritu se expresa en varias dimensiones:

- La *liturgia*, a través de la cual el Espíritu de Jesús actúa y actualiza el Misterio de Dios-Trinidad.
- El *kerigma*, a través del cual el Espíritu hace memoria de la Palabra de Dios, y de Jesús-Palabra y reinterpreta en cada momento histórico esa Palabra de Alianza para crear la gran comunión del Reino y sanar el corazón del ser humano.
- La *koinonía*, a través de la cual el Espíritu une a todos los miembros de la Iglesia en Cuerpo de Cristo y lidera la Iglesia en la caridad.
- La *diakonía*, a través de la cual el Espíritu prolonga la diaconía de Jesús, y ofrece los más variados servicios al ser humano necesitado, sin ningún tipo de discriminación y con total entrega.
- La *martyria*, a través de la cual el Espíritu da testimonio de Dios Padre, de Jesús, de la Palabra de Dios al mundo,

y potencia a los testigos para que lo sean hasta el fin del mundo, de los tiempos, incluso cuando arriesgan su propia vida.

Estas cinco dimensiones de la misión configuran las variadas acciones y actividades misioneras de la Iglesia. Como dice el decreto *Sobre el apostolado de los laicos* del Concilio Vaticano II: «La misión es una sola, los ministerios son muchos» (*Apostolicam Actuositatem*, 2).

1.3. En «misión compartida»

Partiendo de estas convicciones previas, hemos de decir que no es nuestro instituto el que hace la misión, es la misión la que hace a nuestro Instituto (orden, congregación, sociedad, instituto secular). Es la Misión del Espíritu Santo *(missio Spiritus)* la que constituye y configura a la Congregación como instrumento del Espíritu. Al Espíritu corresponde la elección de sus miembros y la configuración de cada uno de ellos. Es el Espíritu el que nos quiere hermanas, hermanos, estudiantes, presbíteros.

Cuando todas las formas de vida y de ministerio en un instituto de vida consagrada son contempladas desde la perspectiva de la *missio Spiritus*, se supera la contraposición entre nuestras diferencias (cualquier forma de clericalismo o laicismo). Todos los días lo pedimos en la plegaria eucarística:

> Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de tu Hijo.

Si en un Instituto religioso hay diferentes agentes de misión, diversos ministerios, es porque la misión del Espíritu –en nuestra aportación carismática a la misión de la Iglesia– lo requiere. No somos nosotros quienes constituimos la biodiversidad congregacional. Es el Espíritu Santo el principal actor. Pero eso sí, el Espíritu no lo hace sin contar con nosotros: ¡en alianza!

Ser misionera o misionero es, ante todo, ser un místico de la misión y no un simple *manager* o empleado, o trabajador. La espiritualidad y la mística laical del misionero es un punto fundamental. Todos los miembros de cada instituto tienden unánimemente al mismo fin, según la gracia que les ha sido otorgada. Todos colaboran al bien de todo el Cuerpo. Cada uno, al vivir su vocación, debe apreciar grandemente y defender su propio don y las gracias concedidas a los demás por el mismo Espíritu.

1.4. Diversos ministerios

El ministerio ordenado se define ante todo por el cuidado pastoral, por la responsabilidad sobre las comunidades cristianas. El ministerio misionero de las hermanas y hermanos se describe como «ministerios del Reino de Dios», «ministerios de extroversión misionera, de evangelización», de encuentro con los otros.

En nuestros institutos de vida consagrada necesitamos repensar la ubicación del «ministerio ordenado» dentro de la vocación misionera fundamental. Tengo la impresión de que

los presbíteros hemos abarcado todo el campo de la misión carismática excediendo nuestra esfera ministerial y asumiendo funciones de suplencia, probablemente ante la carencia de hermanos o hermanas, o tal vez ante la insuficiencia de un laicado que hemos mantenido en situación de subdesarrollo, o ante un clericalismo incapaz de compartir el ministerio. Los presbíteros, dentro de la vida consagrada, debemos redescubrir el sentido de nuestro ministerio dentro de la misión del Espíritu y la misión carismática del instituto y de la vida consagrada.

Hay entre nosotros ministros ordenados que no están situados ni ubicados en la *cura animarum*, en las responsabilidades de servicio a las comunidades cristianas. ¿Es necesario ser ministro ordenado para ser astrónomo, físico o filósofo, o teólogo? Las órdenes clericales del renacimiento «clericalizaron» demasiado, a mi modo de ver, el ministerio: ¿por qué sacerdotes o clérigos para cuidar a los enfermos, por qué clérigos para educar, para regir universidades? Hoy tenemos otra perspectiva. El tema de la «redistribución del clero» fue ya en el Concilio una de las preocupaciones más serias y sigue siendo uno de los desafíos permanentes y cada vez más acuciantes.

También hemos de repensar la ubicación de «los ministerios de los hermanos y de las hermanas». No pueden ni deben ser considerados o consideradas como «ayudantes» de los presbíteros, sino como «cómplices del Espíritu Santo» en la misión que el mismo Espíritu protagoniza. El campo de misión del hermano misionero, de la hermana misionera, es el mundo

entero y no simplemente la casa de misión. El misionero hermano y la misionera hermana son colaboradores en la misión del Espíritu en la Iglesia. Y colabora en ella según el don colectivo y el don personal; ¡nunca por libre! Están llamados a formar equipo, incluso a liderar equipos misioneros que, desde nuestro carisma profético –cada instituto el suyo– atiendan a las urgencias y a las llamadas.

1.5. En «misión compartida»

La misión del Espíritu se hace presente y actuante en cada una de las «tareas carismáticas» que los distintos grupos y personas realizan en el mundo, en la Iglesia. En ellas se manifiesta la creatividad del Espíritu y cómo lleva toda la realidad hacia su culminación en el Reino de Dios. Especialmente sensibles a esta misión son comunidades de vida consagrada, que –con la mirada del Espíritu– descubren día tras día nuevos «desafíos» misioneros.

Por eso, es de radical importancia que nuestros institutos y comunidades no programen su misión –que suele ser lo más normal–, sino que –en un auténtico discernimiento espiritual– se dejen programar por la Misión del Espíritu.

Cuando la misión se entiende así –de forma holística y no reduccionista–, comprendemos con claridad que no tenemos –quienes formamos la Iglesia, ni tampoco ningún grupo dentro de ella– el monopolio de la misión. Toda misión es compartida, y compartida con todos los seres humanos. Por eso no es correcto decir «que los laicos comparten nuestra misión

carismática», sino que «nosotros y los laicos compartimos la misión del Espíritu Santo, para la cual Él nos ha agraciado con un carisma colectivo particular».

1.6. En misión *ad gentes* e *inter gentes*

La misión del Espíritu no prospera con el orgullo. La Iglesia es cada día más consciente de que el Espíritu la precede, la acompaña y la sigue en la misión. Por eso, no solo tiene que «transmitir», «enseñar», «hacer y dar» (perspectiva de la *missio ad gentes*, sino también hacer del diálogo de vida su forma más privilegiada de misión. A esta forma de misión se le llama hoy *inter gentes*.

Es el resultado de la conciencia de que la misión de Dios nos supera por todas partes y de que «el gran protagonista de la Misión evangelizadora y de la Conversión es solo el Espíritu Santo, y no nosotros, pobres hombres» (*Mensaje del Sínodo sobre la Nueva Evangelización y la Transmisión de la Fe*, 6).

La Iglesia nos pide entrar en este cambio de paradigma de la misión, lo que se plasma en que tomemos en serio la «conversión pastoral y misionera», hacia la que nos convoca la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco.

2. Comunidad, configurada por la Misión

Cuando se constituye una comunidad religiosa, ¿en qué se piensa? ¿En el cómo, en el para qué, o en el porqué? Tengo la impresión de que en no pocas ocasiones las comunidades son

el resultado parcial, al menos, del acomodo de personas, poniendo especial énfasis en las más difíciles. Hay quienes justifican esto diciendo que la principal razón de la vida religiosa es «vivir en comunidad». La comunidad tendría el primado sobre cualquier otra consideración: «a imagen de la Trinidad», que es comunidad (se suele decir desde una perspectiva teológica). A esto se añade la afirmación de que «la comunidad no es instrumento para otros objetivos..., tiene razón de ser en sí misma». Pero tal vez, la cuestión no sea tan simple.

El Dios que se nos revela como Trinidad no es solo comunidad, es Misión. La comunidad trinitaria se nos revela como comunidad en misión.

Comunidades a imagen de la Trinidad, llevan la misión incrustada como su quintaesencia. En la reflexión teológica sobre la misión se dice y con toda razón que es la *missio Dei* la que configura la Iglesia y la comunidad. Hablemos, pues, de esto.

2.1. Millones de comunidades

Nuestro planeta es el hábitat de millones y millones de comunidades. Allí donde los seres humanos vamos, allí creamos comunidades. Las comunidades nos dan identidad, nos definen: mi tribu, mi familia, mi ciudad, mi trabajo, el club al que pertenezco, mi escuela, mi iglesia, mi templo... mi comunidad *on line*. Hay además comunidades de seres vivientes. La ecología nos habla de «biocenosis» –comunidades de vivientes– y de «biotopos»– lugares donde están los vivientes–.

El campo semántico de esta palabra se extiende en nuestro tiempo para aplicarla con muchísima frecuencia al mundo de los negocios, de la política, de la universidad, del arte, de las nuevas tecnologías...

En la vida consagrada vivimos ordinariamente en comunidad. Los niveles de satisfacción por parte de quienes las formamos no es ordinariamente muy elevado. A pesar de la extraordinaria resistencia de esta institución, sin embargo, el grado de disfrute y de pertenencia no es demasiado alto. Se le atribuye a san Juan Berchmans (1599-1621) aquella frase «Mea maxima poenitentia vita communis». ¿Deberá ser así? ¿Sigue siendo así?

Quisiera lanzar algunas propuestas que nos ayuden a poder cantar con el salmo 133 la belleza de la comunidad de hermanos y hermanas, a descubrir el camino y el método para constituirla como espacio de pertenencia, maduración personal, inspiración, compromiso y gozo.

2.2. La difícil comunidad

Partamos de un hecho real: ¡es difícil vivir en comunidad! Lo nuestro es una profecía exagerada de comunión. Es comprensible que no siempre lo consigamos. Nuestras comunidades agrupan a personas que no se han elegido, que son muy diferentes en su personalidad, hábitos, sentimientos, puntos de vista.

Por otra parte, quienes las lideran, improvisan a veces su liderazgo. No tienen hoja de ruta: no reflexionan sobre el «de dónde viene» y «hacia dónde se dirige» el grupo comunitario.

Más que líderes parecen agentes de tráfico que intentan regular la circulación y evitar atascos o colisiones de vehículos que siguen rutas diversas.

Ser comunidad es gracia y arte. Es un don que solo se aprecia cuando se cultiva y se está dispuesto a dejarse penetrar y transformar. Ser comunidad es peregrinar hacia una nueva tierra, pero con otros. Y en la meta se descubre el encanto del camino.

2.3. La fuerza aglutinante: un *ethos* compartido

Para ser comunidad se necesita una fuerza aglutinante. Y esta es «un *ethos* compartido». Es decir, una causa ética por la que merece la pena entregarse, compartir con otros u otras, apasionarse. El «*ethos* compartido» produce entusiasmo, afecta interiormente y aglutina.

Hay comunidad allí donde existe un *ethos* que congrega. En la vida consagrada denominamos «carisma» a este *ethos* aglutinante. El carisma colectivo es reconocido como un don del Espíritu que hemos heredado y que ahora se despliega y expande entre nosotros. Entendemos que el carisma no es solamente una tarea a realizar (atención a los pobres, o las tareas educativas o sanitarias), sino, ante todo, una forma de sentir a nuestro Dios y sentirnos ante Él: en unos casos es el Dios-Misericordia, Compasión, en otros el Dios-Palabra y Buena Noticia, en otros el Dios-liberador. Es una experiencia de Dios compartida que nos hace comunidad a su imagen y semejanza, dentro de la limitación de

la experiencia carismática. Esa peculiar forma de sentirse ante Dios nos sitúa en un peculiar espacio eclesial y social. El espacio social y eclesial de unas comunidades es el de la marginación, el de la educación o la sanidad de otras, en el de la evangelización explícita el de otras, el de la contemplación el de otras.

Hay comunidades que tienen como objetivo compartir su visión, sus ideas, sus creencias, su espiritualidad. El *ethos* compartido genera comunidades extendidas de vivencia y de acción transformadora. Todo auténtico carisma contiene un elemento «mágico» no fácilmente descriptible, que enamora, asombra, polariza, que hace soñar y moviliza para que los sueños se hagan realidad. Lo que se expande y contagia no es una teoría sobre el carisma, sino su magia misteriosa, que apasiona.

Lo que constituye una comunidad no es el trabajo que realiza, sino aquello que la aglutina mágicamente para que sus miembros caminen juntos, codo con codo, hacia una meta común.

2.4. Lo que «podría ser»: desde la libertad

La comunidad reúne a personas libres, autónomas. Por eso, es una realidad sumamente compleja e imprevisible. No se pueden esperar de ella resultados ciertos. La ciencia de la comunidad no da como resultado el «tiene que ser así», sino el «podría ser así». El lenguaje del arte comunitario no genera certidumbres, sino el misterioso resultado de una interacción de libertades. En cambio, el lenguaje de la programación ha de ser exacto, preciso, riguroso. Una comunidad no puede ser el resultado de un programa impuesto, sino de un deseo o querer compartido. Una comunidad nace del creer todos en lo mismo y no de la realización de un trabajo recompensado. Martin Luther King Jr. hizo un discurso sobre «¡Tengo un sueño!», y no sobre «Tengo un programa».

Lo que construye una comunidad o la genera, no es el grupo bien programado, sino las interacciones dentro de él. Estas interacciones y los sentimientos de pertenencia que ellas producen, son generados por una forma peculiar de economía: la economía social.

2.5. La mutua Alianza

¿Qué es lo que hace que un joven quiera integrarse en una comunidad carismática, en una congregación, y que se una a personas que nunca ha conocido? ¡Las interacciones que hay dentro de él y los sentimientos de pertenencia que se van anudando! Cuando no hay pertenencia, no hay comunidad. No se pertenece por un acto voluntarista. La pertenencia nace de una alianza mutua entre todos. Nadie se siente dueño. Todos se sienten copropietarios. Todos participan de los beneficios. Todos se comprometen en las cargas. Pertenencia es la recompensa a una fuerte relación de copropiedad carismática. En cambio, cuando algunos se apoderan del carisma, roban a los demás la pertenencia y los vuelven personas sometidas, ajenas al patrimonio común.

El sentido de pertenencia es como un río que fluye. Nunca se detiene. Lo que mueve el río es la comunicación, la información, la transparencia. Mueve el río de la pertenencia el compartir historias, relatos, mitos. La pertenencia requiere confianza. Cuando la confianza se pierde, las palabras y las promesas no tienen ya sentido.

Los miembros de la comunidad deben poder realizar sus sueños, cumplir sus mejores ambiciones, pero, sobre todo, tener un sueño colectivo que realizar.

2.6. Estructurar la comunidad en misión

Estructurar una comunidad es una de las tareas primordiales para descubrir aquello de lo que una comunidad es capaz. ¿Y cómo estructurarla? ¡En equipos! ¡Haciendo de la división la oportunidad para la mutua colaboración! Un equipo es una unidad competente para realizar algo. Por ejemplo, unas personas pueden ser un equipo de oración y súplica; otras personas pueden formar un equipo de hospitalidad y acogida; otras forman un equipo educativo, o sanitario o de evangelización. Como unidad de competencia un equipo es parte de una comunidad más amplia que persigue una finalidad conjunta. Los equipos han de conjuntarse como las piezas de un puzle: para ello necesitan comunicación de ideas, compartir relatos, influencia mutua.

No es lo mismo un equipo que un grupo de «amigos o amigas», que un lobby de poder y presión. Esos sí que son una amenaza para la comunidad. Mientras que los grupos favorecen la transparencia comunitaria, los grupos y lobbies funcionan desde la opacidad y el rumoreo.

La comunidad se constituye como grupo de personas apiñadas en torno a un interés compartido. Los equipos son subgrupos que lo hacen de una manera específica. Los equipos son esenciales a la hora de construir una comunidad. A través de ellos se comprende cómo es la comunidad. Así se construyen bloques de pertenencia. Los equipos son unidades de pertenencia.

El flujo de información o comunicación entre grupos es complejo y difícil. Es importante que los grupos se comuniquen desde el corazón del carisma, desde el *ethos* compartido. Es importante que todos sientan que contribuyen a la realización del sueño carismático. Y que se cree un clima de confianza y adecuado para que la comunidad pueda desarrollarse:

> Ponerse juntos es un comienzo. Mantenerse juntos es progreso. Trabajar juntos es éxito (Henry Ford).

Se constituye de verdad una comunidad, o una comunidad de comunidades, cuando es capaz de expresar su misión (¡declaración de misión!) e integrar todos los equipos y miembros dentro de ella.

Una comunidad religiosa sabe que no es la dueña de la misión, sino que está llamada a colaborar en la *missio Dei*, a convertirse en cómplice de la Misión del Espíritu Santo. No basta una declaración genérica y abstracta. Ha de volverse muy concreta. Quien tenga acceso a ella, debería enseguida entender a cuál es la razón de ser y los objetivos de esa comu-

nidad. Sus miembros deberán sentirse inspirados y estimulados por ella y focalizados en ella.

Carisma y declaración de misión ofrecen el sentido de una comunidad, o una comunidad de comunidades, y la configuran.

3. Hacia una nueva misión evangelizadora hoy

La vida consagrada en Nueva Evangelización ha de plantearse una serie de tareas ineludibles, urgentes. Las reseño seguidamente[2].

3.1. Favorecer el «encuentro con Jesucristo»

La mediación para todo encuentro con el Señor resucitado es siempre el Espíritu Santo. Gracias a la invocación del Espíritu acontece el misterio de la Consagración de los dones en el cuerpo y en la sangre de Jesús. Gracias a la invocación del Espíritu la comunidad eucarística se convierte en un solo Cuerpo y un solo Espíritu. Gracias al Espíritu somos llevados a la Presencia de Jesús y gracias al Espíritu Jesús viene a nosotros y se hace el encontradizo. En el Espíritu nos encontramos con el verdadero Jesús, Evangelio de Dios. El Espíritu –decía Kathryn Tanner– «irradia la humanidad de Jesús».

[2] Todo este apartado se inspira en el proceso que la Iglesia ha recorrido desde la convocatoria del sínodo *Nueva evangelización para la transmisión de la fe*, por parte del Papa Benedicto XVI, el posterior mensaje del sínodo y sus proposiciones y, finalmente la exhortación apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium*, junto con la encíclica *Lumen Fidei*. Para encontrar mis comentarios a este proceso, remito a mi página web: www.xtorey.es.

La evangelización tiene como objetivo conducir a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él. Es urgente evangelizar tanto en regiones evangelizadas desde antiguo, como en las recientemente evangelizadas. La fe se está apagando, ¡es necesario reavivarla! ¡Hay que favorecer un nuevo encuentro con el Señor por parte de quienes recibieron el bautismo y se alejaron de la Iglesia y viven ya sin referencia alguna a la vida cristiana! Los cambios culturales nos llaman a «algo nuevo»: a una experiencia comunitaria y nueva de la fe y a un anuncio del Evangelio –nuevo en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones–.

En todo esto, se parte de la convicción profunda de que la fe se decide, sobre todo, en la relación que establecemos con la persona de Jesús. La nueva evangelización intenta posibilitar el encuentro con Jesús, proponiendo al ser humano de hoy la belleza y novedad del encuentro con Jesús. Este encuentro no es imposible, difícil ni incierto: Jesús mismo nos «sale al encuentro» en su Espíritu: somos buscadores previamente buscados.

La Iglesia es el espacio privilegiado, ofrecido por Cristo para este encuentro; ella manifiesta, sobre todo en sus celebraciones litúrgicas, que es obra de Dios; ella «hace visible en sus palabras y gestos el Evangelio». De aquí deriva la necesidad de que nuestras comunidades sean acogedoras, espacios en donde todos se encuentren «como en casa». Hay que multiplicar y hacer accesibles a los seres humanos de hoy los pozos en los cuales sean invitados a saciar su sed, a experimentar un oasis en los desiertos de la vida, a encontrarse con Jesús.

Los evangelios nos narran cuáles fueron los puntos de encuentro con Jesús durante su vida pública: en el contexto del trabajo (Pedro, Andrés, Santiago y Juan), como respuesta a la curiosidad (Zaqueo) o a la intercesión por una persona querida (el centurión), o a la propia ceguera (el ciego de Jericó, el ciego de nacimiento), o a la hospitalidad ofrecida (María y Marta). Hoy debemos facilitar también otros puntos de encuentro: «la lectura frecuente de la Sagrada Escritura, iluminada por la Tradición de la Iglesia, nos ayuda a hallar espacios nuevos de encuentro con Jesús, nuevas formas de acción evangélica, enraizadas en las dimensiones fundamentales de la vida humana: familia, trabajo, amistad, pobreza, pruebas de la vida». ¿Son las comunidades de la vida consagrada «puntos de encuentro» con Jesús en este tiempo?

3.2. El testimonio de la comunión

Una de las condiciones de la misión –en la Iglesia y dentro de ella en la vida consagrada– es que seamos «koinonía del Espíritu Santo». En la palabra *koinonía* hay una paradoja. *Koinos* (de donde viene *koinonía*) significa 'impuro' y *hagios* (santo), todo lo contrario. Con ello se indica que la santidad propia del Espíritu no lo «separa» de la Iglesia ni de sus comunidades, que son impuras, pecadoras; más todavía que no lo separa del mundo: el Espíritu ha sido derramado sobre toda carne. Decía Paul Evdokimov que «sabemos dónde está la Iglesia; pero no nos compete a nosotros juzgar dónde no está la Iglesia». Solo el Espíritu lo sabe.

La Iglesia y, en ella, nosotros los consagrados somos invitados por el Espíritu a colaborar en su misión sin cerrarnos, dispuestos a escuchar y también a hablar y dar testimonio. La misión de la Iglesia no predetermina la misión del Espíritu. Es al contrario: la misión del Espíritu ha de predeterminar la misión de la Iglesia en todo momento. La Iglesia ha de estar dispuesta a «desposeerse», ha de renunciar al pensamiento totalitario, a presentarse como «la perfecta», porque eso sería hipocresía. La causa de Jesús –en cuanto que Él es la revelación de Dios, el Hijo de Dios– es, ¡ni más ni menos!, «la cuestión de Dios». Hablar de Dios es hablar de Jesús. Esta es la gran cuestión que nosotros –los seguidores de Jesús– llevamos al diálogo interreligioso (Rowan Williams, *The finality of Christ*), llevamos a la sociedad influenciada por el secularismo, el ateísmo, el agnosticismo, el olvido de Dios.

3.3. La Nueva Evangelización es también «glorificación», doxología

El Espíritu Santo no solamente nos lleva a la verdad completa. Él es el glorificador de Dios Padre del Hijo. El Espíritu lleva la obra de Dios –la creación y la redención– a su apoteosis. De ahí la importancia que tiene en la Nueva Evangelización la glorificación de Dios a través, sobre todo, de la Liturgia sacramental y mistérica, pero también a través de la piedad popular. Ahí está el Espíritu Santo «glorificando», mostrándose en el rostro de todos los redimidos en su infinita diversidad (Vladimir Lossky).

La Nueva Evangelización puede ser comprendida como la gran iniciativa del Espíritu Santo en nuestro tiempo para «dar gloria a Dios», al Abbá y al Hijo Jesús, para descubrirle a la humanidad actual sus valores, sus virtudes, sus logros, su humanismo, su belleza y, al mismo tiempo, para sanarla de sus males y errores y expulsar de ella los malos espíritus que intentan dominarla. Y también es una gran iniciativa del Espíritu Santo para descubrirle a la Iglesia cuánto es amada por Jesús, cuántos valores y virtudes la adornan, cuánta belleza irradia con su liturgia, su caridad, su doctrina, su testimonio y para sanarla también de sus impurezas, sus males, sus pecados, su parálisis misionera.

3.4. ¿Y qué novedad hay en la Nueva Evangelización?

La novedad que la Nueva Evangelización, así entendida, aporta no excluye obviamente nuevas estrategias misioneras, ni nuevos lenguajes o formas de comunicación, ni tampoco la creatividad artística o la agudeza intelectual para hacer más bello el mensaje y la presencia.

«Lo nuevo» acaece, sobre todo, en un nivel más profundo: en el descubrimiento de la «presencia» en todos nosotros –en la Iglesia y fuera de la Iglesia, en la humanidad y en el planeta, en el planeta y en el cosmos– de un «principio divino» que crea armonía, comunión: que «en Él vivimos, somos y existimos», que «está con nosotros hasta el fin de los tiempos», que es «el Reino de Dios» ya inaugurado.

Se trata del «invento de todos los inventos». Descubrir esta Presencia es reconocer que «tanto amó Dios al mundo...», que todo está regido por el principio de «Misericordia». Que este mundo, tal como es, no está dejado de las manos de Dios: está llamado a vivirse en Alianza indisoluble con Dios. Que es un mundo llamado a ser «casa de todos», donde todos tengan un solo corazón y una sola alma y todo en común. La Nueva Evangelización consiste en anunciar con una convicción cierta: que el mal no tiene futuro, que el olvido y desprecio de Dios no trae ni tiene futuro. Que nadie puede frenar la bajada de la Nueva Jerusalén y la celebración de las bodas del Cordero con toda la humanidad. ¡Esta es la novedad que iluminará nuestra generación y cegará a quienes no se dejen cautivar por ella!

3.5. ¿Y qué mensaje...?

Si Dios nos ha hablado y nos ha enviado a su Hijo-Palabra, si el Espíritu habla por medio de los Profetas, ¿por qué dudarlo? El mensaje es la «Palabra de Dios» transmitida de mil modos, comunicada convincentemente, creíblemente, apasionadamente. Se trata de dejar a Dios que hable «al corazón», que su Palabra sea «la espada de doble filo», que llegue su mensaje hasta los confines del orbe. Y hacerlo con el estilo de Jesús: no como quien va por todas partes riñendo, espantando, como un profeta de desgracias y denuncias, como un crítico que todo lo ve mal, como un personaje anticuado, de museo, maloliente, desubicado. Más bien, como mensajeros de la Alegría, de la Buena Noticia, como gente capaz de en-

tusiasmar, como personas movidas por el Espíritu Santo que esparcen por doquier el buen aroma de Cristo Jesús.

Nosotros no comunicamos el Mensaje de la Palabra como «solistas», sino como «coro sinfónico». El anuncio del Evangelio del Reino de Dios llega al corazón y transforma cuando se hace de forma coral sinfónica (¡que sean uno para que el mundo crea!, oraba Jesús). Hemos de ensayar mucho para que la Palabra llegue así a nuestros contemporáneos. El ensayo nos armoniza con la gran y bella tradición eclesial de 21 siglos, es decir, con la fe de nuestros padres y madres; nos armoniza con la fe profesada hoy en todos los continentes, en tantas y tantas iglesias particulares y comunidades de creyentes.

Ser portadores y portadoras de la Palabra evangelizadora es ofrecer en nosotros todo este maravilloso conjunto sinfónico de tantos testigos en comunión. Para ello ¡qué importante es ser discípulos en la escuela de la Palabra y de la Tradición! No se malgasta el tiempo asistiendo a lo largo de la vida a esa escuela. Siempre se aprende algo nuevo, siempre se descubren nuevas perspectivas y horizontes.

El Papa es el gran director de orquesta que nos invita a todos a integrarnos en el único coro mundial y a acompasarnos y a interpretar nuestra propia partitura en beneficio del conjunto bello y armonioso. También nuestros obispos tienen esa misma función en el coro de cada iglesia particular. Saben muy bien que la Iglesia funciona polifónicamente y no en «unísonos». Por eso, se hacen responsables si acallan voces que están en la partitura del Espíritu de Dios; pero ¡qué

fantástica es su función cuando son capaces de integrar la diversidad en una bella interpretación!

3.6. ¿Y adónde nos llevará la Nueva Evangelización?

Los lugares a los cuales el Espíritu de Jesús nos envía no son, como en otros tiempos, «las misiones». Somos enviados a todo el mundo, a este mundo en todo su entramado maravilloso y también perverso: al mundo de los pobres y marginados, de la economía mundial y local, de la política, de la ciencia, de la educación, de las comunicaciones y las redes sociales, a la sociedad del conocimiento y la información. Somos enviados para disfrutar del diálogo con tantas personas inteligentes de buena y bella voluntad, y también para el difícil diálogo con el mundo del fundamentalismo religioso o secularista, de la perversidad y los bajos fondos, con el mundo de las redes del mal; y, como es obvio, ¡para sufrir sus consecuencias!

Es preciso estar muy atentos a las «mociones del Espíritu». Él provee en cada momento lo que se debe realizar. Y sus misioneros y misioneras –y, claro está, también y especialmente nuestras instituciones y comunidades– debemos estar en todo momento disponibles para «una nueva misión». Por ello, debemos renunciar a la institucionalización de la misión sin fecha de término. Es propio de cada misión recibida el que tenga su inicio y su conclusión. Y esto vale también para nuestras instituciones.

La movilidad que requiere la misión acabará con muchos inmovilismos, con las llamadas «vacas sagradas» a las que no

se les puede tocar y que perpetúan instituciones incapaces de renovarse. Por eso, la Nueva Evangelización requiere reestructuraciones, reorganizaciones: la Iglesia y sus comunidades deben reorganizarse para la Nueva Evangelización. La misión debe dar su configuración a la Iglesia, y no la Iglesia dar su configuración a la misión. Aquí está, a mi modo de ver, el quid de la cuestión: en el cambio de paradigma. Será la Nueva Evangelización, protagonizada por el Espíritu, la que nos reorganice, la que nos transforme, nos vuelva «nuevos» o nos haga «nacer de nuevo».

Sí, la Nueva Evangelización está requiriendo un «nacer de nuevo» del matrimonio y la familia en una nueva época, un «nacer de nuevo» del ministerio ordenado en un nuevo contexto, un «nacer de nuevo» de la vida consagrada –porque si no puede entrar en procesos de muerte y extinción–, un «nacer de nuevo» del laicado con todas sus formas, movimientos y asociaciones. La Iglesia reconoce que la Nueva Evangelización le está exigiendo un nuevo paradigma de diferenciación y comunión eclesial. ¿Estaremos ahora en disposición de hacer posible el gran sueño del Concilio Vaticano II? Quizá esa sea la gracia del Espíritu Santo para nuestro tiempo. Él ya nos envía señales. Pero de seguro que, cuando algo nuevo está naciendo, aparece el Dragón apocalíptico para devorar a la criatura recién nazca. Que se lo piensen muy bien quienes desde su escepticismo o incluso cinismo, o desde su pereza, se opongan y menosprecien esta gracia que se nos concede: pueden convertirse en cómplices del Dragón. Sin embargo, todo se concitará para que el proyecto del Espíritu siga adelante.